

*El español y el portugués.  
Lenguas transitivas y transitables.  
De la Península Ibérica al Nuevo Mundo.  
El elemento indígena.*

ÁNGELES SANZ JUEZ

Una nueva concepción sólida del desarrollo y la integración debe partir de propuestas globales en que lo económico, lo social, lo científico, lo educativo y lo político se integren con armonía y adecuadamente en el mosaico iberoamericano.

Para lograr tal cohesión, el más eficaz y constante vehículo es la lengua.

En este sentido, Iberoamérica es el resultado de la inclusión del elemento ibérico (español y portugués) en el variado engranaje de sociedad amerindia, y la posterior incorporación de los elementos africanos y emigraciones posteriores. Ante esta diversidad cultural de sus componentes, la vieja y nunca olvidada preocupación de la identidad de estos pueblos vuelve una y otra vez a inquirir el proceso de identificación interna: ¿quiénes somos?, ¿en qué consiste ser latinoamericano?, ¿somos europeos?, ¿africanos?, ¿blancos?, ¿negros?, ¿criollos?, ¿mulatos? Subyace tradicionalmente una preocupación del referente de identidad que surge casi con certeza en esa conciencia colectiva de ambigüedad. La expresión de América Latina sigue siendo imprecisa. Imprecisas sus lenguas (español, portugués, francés, sí ¿pero debemos también incluir el criollo de Barlovento, Guadalupe, o Martinica?); imprecisas sus fronteras (Méjico, Chile, Perú, Bolivia, Brasil, Ecuador, Argentina, etc..., sí ¿pero deberemos incluir también al Canadá francófono, a la Luisiana francesa? tan alejados —me parece— del contexto social y económico que desde aquí observamos. Como vemos, la propia idea de identificación ya nos supera, nos traspone y nos transborda en un sentido mágico. Más allá de los límites de la lengua, la cultura, la raza y la geografía.

Iberoamérica (que resultaría de portugueses y españoles), Hispanoamérica (que comprendería solamente pueblos de habla española), o Sudamérica (donde

tendríamos que incluir además del portugués, el español y el francés, lenguas tan alejadas como el javanés, el jamaicano, el inglés, el holandés y el papiamentu). ¿A qué remite, pues, este concepto? ¿Quién, qué, cómo se configura una nación así multicompuesta?

Porque, ¿qué es lo inherente a estos pueblos que forman la América llamada latina? Son pueblos ambiguos, en la opinión de Leopoldo Zea «penetrados por una doble identidad que parece no poder ser conjugada».

Porque América se representaba en la mente de muchos europeos según las propias palabras de E. Pupo Walker

«como un vasto espacio imaginario, verificado y a la vez incógnito; fue una realidad observada, al mismo tiempo, con rigor excepcional, pero también con espanto y fascinación. Unos vieron lo que había en aquellas tierras y otros contemplarían libremente lo que deseaban encontrar. Pero, por encima de las noticias y de las transposiciones legendarias, América se vio cada vez más, como la realización de un gran sueño que durante siglos había acariciado la cultura occidental».

América Latina es hoy, en mi opinión, un vasto espacio de encuentros culturales, un lugar apropiado donde existe y subsiste si no una densa amalgama, sí una superposición de visiones contradictorias y vivas.

Alfonso Reyes nos lo resume con estas palabras «la laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano [...] Cincuenta años después de la conquista española, es decir en la primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano. A mi entender, Reyes contrapone una visión de América mezclada y mestiza a la América pura e indígena.

El fenómeno de la colonización siempre será juzgado y analizado desde muchos puntos de vista. Se suele tratar el fenómeno de la expansión ultramarina como fenómeno de epopeya colectiva. La historiografía actual ha puesto de manifiesto una serie de causas explicativas de la expansión marítima. Entre ellas se encuadran las siguientes: la situación geográfica del territorio, la desproporción entre la evolución demográfica y los recursos internos, la existencia de una ciencia náutica adelantada, la ideología de clase (espíritu mercantil de la clase burguesa, espíritu de caballería del noble, espíritu de Cruzada de los Clérigos y espíritu de poder de los reyes).

El concepto de expansión incluye realidades sucedidas en épocas y en regiones geográficas diferentes; he aquí algunos datos históricos, que enmarcan la expansión portuguesa, fue en el reinado de D. Henrique (1394-1460), llamado el Navegante (hijo de Doña Filipa de Lencastre y de D. João I de Portugal (1358-1433), inspirador de los viajes de navegación portuguesa cuando João Gonçalves Zarco y Tristão Vaz Teixeira llegan en 1419 a una isla del Atlántico, a la que llamaron Porto Santo. Un año después, acompañados por Bartolomeu Perestelo descubren la isla de Madeira. En 1434, Gil Eanes supera el Cabo

Bojador, que facilitaría la posibilidad de más descubrimiento en la costa occidental africana.

Cuando Don Henrique murió (1460), los portugueses ya habían llegado a Sierra Leona. Vasco de Gama llega a Calicut, en la India en 1498. Alvares Cabral llega a Brasil en 1500; y Alfonso de Albuquerque conquista Goa en 1510.

Todos estos descubrimientos tuvieron, como es sabido, grandes repercusiones de tipo político (formación de imperios coloniales), de tipo religioso (expansión del cristianismo y su supremacía sobre la religión musulmana), científico-cultural (conocimiento del globo terrestre, formación del espíritu científico basado en la experiencia, progreso de ciencias y técnicas).

Dice Carlos Fuentes en varias entrevistas que, desde entonces, desde la colonización, «América vive el divorcio entre el sueño y la realidad, la separación entre la buena sociedad que deseamos y la sociedad imperfecta en la que vivimos. Nos sentimos obligados a conservar la idea de la utopía americana, para compensar a Europa por su propia contradicción entre los ideales humanistas y las realidades religiosas y políticas del Renacimiento, y más tarde a partir del siglo XIX, para convencernos a nosotros mismos de que nuestro destino republicano e independiente era también un capítulo de la felicidad humana».

El uruguayo Eduardo Galeano llega a decir crudamente que «la pobreza del pobre es resultado de la riqueza de la tierra».

Pero de lo que no parece dudar nadie es del aspecto lingüístico; cierto es que el español y el portugués se entroncaron en un mosaico plurilingüe, pero cómo explicar las equivalencias, las analogías, las anomalías, los polimorfismos y particularidades de cada una de ellas, cómo entender el acoplamiento a cada una de las lenguas entonces existentes.

El área llamada española cuenta con cerca de 140 millones de hablantes, de los cuales 91% son únicamente hablantes de español y 4% son américo-unilingües. ¿Se puede hablar de una dominación? ¿De consentimiento lingüístico acaso?

La visión de América Latina —durante la colonia— sobre todo al principio fue de un modo general idílica. Se intercalaban personajes o situaciones de literatura pastoril europea, eran descripciones, invenciones doradas, leyendas falsificadas por el deseo. América tierra con costumbre inusitadas, habitada por pueblos exóticos, con saberes y caminos extraños. La representación del mundo se alteró, las lenguas se contrajeron, las costumbres se diversificaron con la llegada de los europeos.

En opinión de Houaiss,

«El dominio lingüístico de los elementos europeos es esencialmente el resultado del dominio político por un largo período (cuatro siglos) sobre poblaciones americanas y africanas, que presentaban tres características: la ausencia de grandes unidades políticas, una gran fragmentación política y ausencia de lengua escrita que pudiera, por reserva gráfica, ser intercomunicante en el espacio y en el tiempo.»

Del pasado peninsular —dice en otro lugar— traído por la colonización hay recíprocamente una extensa e intensa unificación lingüística de cada uno de los idiomas que nos ocupa —el español y el portugués— en que la «dialección» o «subdialección», relativamente reciente, es débil y no presenta obstáculos a la fácil intercomunicación de los individuos hablantes de cualquier zona. Esto tiende a acelerar la unificación gracias a los instrumentos de comunicación de masas, al incremento de alfabetización y a una creciente interpenetración de las obras escritas, tanto literarias como científicas o de otra naturaleza.

Un idioma latino, el francés tiene su área definida a Haití y a las islas próximas al Caribe; y las otras lenguas europeas no latinas —el inglés y el holandés— tiene proyecciones en el Caribe y en el noroeste de América del Sur».

Hoy asistimos a una clara unificación lingüística de cada uno de estos idiomas — el español y el portugués— y solamente en Paraguay el guaraní es co-oficial con el español, y hay que poner de manifiesto que aunque el español sea lengua oficial en numerosos países no por eso es la única lengua. Como curiosidad recordemos dos gramáticas de guaraní: la de Juan Bianchetti titulada *Gramática Guaraní (Avá neé)*, editada en Principios de Filología en la ciudad de Buenos Aires en 1944, y la de Saturnino Muniagurria titulada *El guaraní, elementos de gramática guaraní y vocabulario de este idioma*, también editada en Buenos Aires tres años más tarde.

¿Pero qué características tenían estas dos lenguas, el español y el portugués, que se enraizaron en una geografía tan distante? ¿A qué grupo lingüístico pertenecían? ¿Siempre fueron genéticamente próximas?

Siguiendo la clasificación de Diez, el español y el portugués pertenecerían al grupo sudoccidental, más tarde Bartoli las asocia también junto con el francés, el retorománico o ladino, el provenzal, el catalán y el sardo. Este grupo de lenguas llamadas también pirenaico-alpino se caracterizaría por la sonorización de las oclusivas sordas intervocálicas y la conservación de la -s final, en relación con su lengua latina de origen.

Descartemos otras clasificaciones tradicionales como las de Guiera, Alonso, Elcock, Tagliavini. Pasemos eso sí, a hechos importantes para la historia de estas lenguas. El siglo XI fue un punto importante con la reforma cluniacense que dio lugar a la rehabilitación del latín clásico que recurre a un mayor distanciamiento con respecto a la lengua hablada, y en líneas generales el cese del uso del latín arromanzado en el reino de León favoreció la expansión del castellano.

Otro hecho asociado a la religión fue la adopción de los centros eclesiásticos de cultura de la lengua romance. La aparición de la Escuela de Traductores de Toledo es un ejemplo impar y único en la historia lingüística del momento. La aparición de la gramática en 1492 de Antonio de Nebrija (*Gramática de la lengua castellana*) y la de Fernão de Oliveira (1536) ofrecen un punto de referencia para el buen uso de la lengua. Esta es la situación que ofre-

cen las dos lenguas que nos ocupan en esta fase histórica, es decir tanto el español como el portugués cuentan con una norma escrita. ¿Pero qué ocurrió con las lenguas indígenas? ¿Cuál es su situación actual? ¿A qué avatares fueron sometidas?

En Ecuador, Bolivia y las regiones andinas del Perú es frecuente encontrar comunidades que difícilmente hablen con corrección el español y se siguen expresando en quechua, en caracteres latinos y con un apreciable repertorio de leyendas escritas. En el norte de Chile y en algunas zonas andinas se conserva el aymara.

El náhuatl no poseía escritura propia, la colonización introdujo los caracteres latinos y facilitó la integración del contenido de los conocimientos de esta civilización, sus leyendas y sus cuentos.

El quiché posiblemente con escritura jeroglífica fue en el proceso de colonización perdiendo su forma primitiva quizás debido a su dificultad de interpretación, hoy el quiché se habla en comunidades indígenas guatemaltecas pero ignoro su situación de escritura.

En Brasil la literatura catequizadora se basó en el tupinambá. Hay que destacar la colección de cartas de Filipe Camarão a otros jefes indígenas, en las que se dan instrucciones e informaciones sobre la lucha común de brasileños, portugueses y españoles contra los holandeses en el Norte de Brasil en el siglo XVII.

En las reducciones jesuíticas, como es conocido, los padres enseñaron el guaraní en acciones de diversa naturaleza en el contexto general literario, mientras que el español fue utilizado para fines administrativos, técnicos y científicos.

Si tuviéramos que estudiar las posibilidades del español y del portugués, tendríamos que realizar un análisis contrastivo (que quizás debería de ser hecho en el caso del español y del portugués teniendo en cuenta el estudio del latín vulgar que ocupó la Península). Este análisis contrastivo en su manifestación actual sería el punto de arranque en la descripción sistemática y sistematizada de las dos lenguas.

¿Pero que ocurrió con estas dos lenguas, que transitan desde ese viejo mundo como instrumento y canal, como herramienta o como escudo? ¿Cuál fue su misión? ¿Cuál su sentido? ¿Qué sendero marcó? ¿Qué añadió a esa pluralidad lingüística que conforman las lenguas amerindias? ¿Qué recibieron estas dos lenguas, el español y el portugués peninsular, de los que allí vivían?

Es frecuente que en América las palabras españolas hayan adquirido una acepción total o parcialmente nueva, o el uso integrado de voces indígenas. En algunas zonas de América hispana, por ejemplo, la palabra «chompa» o «pollera» son los sustantivos habituales de designación «de dos prendas de vestir», «chompa» es hasta hoy una blusa holgada de mangas largas generalmente de punto y «pollera» es una falda externa del vestido femenino. «Abarrote» en Méjico y en Cuba, es un establecimiento comercial de comestibles variados lo que curiosamente en España se llamó «tienda de ultramarinos».

Otro caso diferente es la incorporación de voces quechua o aymara dentro de la estructura léxica del español, es el caso de las diversas acepciones de la palabra niño, chiquillo, muchacho, en la voz «guagua», de origen quechua (<huahua) evoca Ecuador y Perú se usa con el sentido de niño.

En Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay coexiste cada vez con más intensidad con la voz «pibe» (probablemente del portugués pivete y con un matiz afectuoso).

La voz «gurí», procedente del guaraní, se utilizaba en principio para el muchacho indio o mestizo, y es ampliamente usada en Argentina y Uruguay. En Brasil «guri» (del tupi:ki'ri pequeño) se emplea al mismo tiempo que «menino». Un serio problema que se plantea siempre al lexicógrafo hispanoamericano —nos recuerda Morínigo— es el etimológico para las voces de origen indígena. Los trabajos previos en este campo son muy escasos. Y hemos de añadir que los cambios semánticos son normales, y paulatinos y constituyen un acrecentamiento lexical que ayudan a enriquecer el acervo cultural de esta comunidad.

Hacia finales del siglo XVI la vida en las regiones americanas estaba organizada, y sería insensato pensar que el elemento indígena y su fusión más tarde con el elemento criollo o mestizo tanto en América Hispana como en Brasil no hubiera tenido una repercusión considerable.

Recordemos a este respecto que el primer documento conocido en tupí fue recogido por Jean de Levy en 1557 y se trata de una charla entre un indio tupi-nambá y un francés.

En este sentido y según Geraldo da Cunha hay un importante acervo de palabras tupí incluidas en el portugués brasileño.

Don Antenor Nascentes resalta en su prólogo del Diccionario etimológico la contribución del vocabulario indígena a la variedad brasileña y hace la siguiente clasificación:

- 1) algonquino: *manitó* (designación al genio tutelar o demonio de los indios americanos).
- 2) americano: *chibcha, tobogã, tuna, zamacueca, chicote, papaia*.
- 3) caribo: *canoas, cabaia, colibri, savana, tuburão*.
- 4) zuma: *apache* (por vía del francés).
- 5) mapuche: *pagi, tenelche*.
- 6) mohicano: *moicano*.
- 7) náhuatl: *abacate, cacau, chocolate, copal, nopal, ocelote, tomate, xícara*.
- 8) quiché: *cigarro*.
- 9) quechua: *alpaca, coca, cóndor, guanaco, inca, lhama, mate, pampa, puna, vicunha*.
- 10) tuino: *cacique, caimão, furacão, maca, taino*.
- 11) del tupi-guaraní: *abacaxi, ananás, boa, jibóia, mandioca, petúnia, tapioca, tapir, tucano*.

En la América hispana varias han sido las clasificaciones, recordemos la clasificación que Henríquez Ureña hizo en 1919 recogida en una carta que le dirige a Alfonso Reyes y donde divide en cinco grupos el área del español americano:

- I. Grupo Istmico: Méjico y América Central
- II. Grupo del mar Caribe: Antillas, Venezuela y Colombia
- III. Grupo peruano: antiguo imperio inca (Ecuador, Perú y Bolivia —parte— y Chile —parte—)
- IV. Grupo araucano: (Norte de Chile)
- V. Grupo de la Plata (Argentina, Uruguay y Paraguay)

Recordemos por otra parte los contactos internos peninsulares, la etapa de la unión peninsular (1580-1640) y el número de escritores que escribían en una y otra lengua (Gil Vicente, Sá de Miranda, Camões, Rodrigues Lobo y Melo . . . ) y entenderemos mejor el fenómeno lingüístico de la expansión.

Como es sabido, el uso de la literatura dramática en los escritos coloniales fue aprovechado durante toda la etapa de expansión.

Otra curiosidad es la aparición de personajes criollos o indianos con uso de voces ajenas al léxico peninsular y que aparece a finales del XVI, principios del XVII. El reconocimiento de 150 palabras americanas en el Diccionario llamado de autoridades, publicado entre 1726 y 1739, es el primer y decisivo paso para este enriquecimiento.

Por otro lado, Gregorio Mayans y Siscar en *Orígenes de la Lengua Española* de 1737 introduce con acierto una serie de voces indígenas como: *bejuco, curamañey, guayacán, iguana, manatí, gumía, tabaco, vicuña, chocolate*. Bastantes años más tarde, en 1789, aparece el que sería el primer diccionario de americanismos, el diccionario de Alcedo. Ante la enorme diversidad de lenguas vernáculas indígenas las autoridades peninsulares decidieron impulsar la utilización por parte tanto de los europeos como de los aborígenes de las llamadas «lenguas generales», o sea, aquellos idiomas americanos de difusión y prestigio mayores.

Carlos III en su Real Cédula de 1770 decreta el empleo exclusivo del castellano.

El prestigio de la Academia española de la lengua y la aparición de la gramática de Andrés Bello «Gramática de la lengua castellana» son dos hechos cumbre para el mantenimiento de la unidad lingüística. En este ambiente de sujeción lingüística a la norma aparece sin embargo *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* en 1836 por Bartolomé Esteban Pichardo, testimonio de voces de la vida general cubana que, aunque no he tenido ocasión de ver, me consta que según el citado Morínigo ahonda en las diferencias entre los usos «normativos» y «reales» de la lengua.

En una línea más de justificación lingüística escribe don Rufino José Cuervo sus *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* donde explica históricamente las discrepancias americanas.

Al proceder de este modo las perspectivas se ensanchan, y hay una doble relación de sentido que cada vez se va enriqueciendo. ¿Pero cómo está hoy esta situación? ¿Cuáles son las perspectivas en este continente? ¿Qué configuración ha de tomar? ¿A qué nos referimos? ¿Qué somos? ¿Quiénes somos? ¿En qué somos? ¿Por qué? ¿Gracias a qué? ¿Debido a qué? ¿En qué sentido, mi lengua, mi cultura, me pertenece a mí?

En la opinión de Octavio Ianni

«A formação do pensamento latino-americano pode ser vista como a história da idéia de América Latina, Uma idéia que se organiza, desenvolve, rompe e recria ao longo dessa mesma história.

A idéia da América Latina sintetiza diversos temas, distintas perspectivas explicativas, diferentes visões da história. É uma síntese de multiplicidades e contrapontos. É como se um conjunto de autores, escritos científicos, filosóficos e artísticos, temas e interpretações, nucleassem um pensamento que não só expressa, também constitui a América Latina».

Esta síntesis lingüística, esta multiplicidad de visiones y de ritmos, esta concatenación de suavidades y de dejos en que unos y otros se comunicaron, ¿qué dejaron? ¿Qué influencia mutua transitaron en este mestizaje lingüístico? ¿En esta amalgama de razas y sabores?

En este mestizaje lingüístico, durante la Conquista se da una indigenización del castellano y durante la Colonización una castellanización de la lengua indígena. Lo primero sucede en el nivel léxico, y se refiere a la incorporación de nombres y vocablos indígenas. Lo segundo afectaría a la construcción gramatical en que se impone la castellana, aunque sigue teniendo vigencia hasta hoy «el sistema de yuxtaposición de conceptos propio del idioma náhuatl» según el nahualista mejicano Ángel María Garibay. Otras curiosidades a este respecto sería recordar lo que Mántica llama la ausencia de preposiciones y conjunciones en el habla nicaragüense actual. El análisis del *El güegüence*, farsa cómica del siglo XVIII escrita en náhuatl-español y mangué, nos da una idea clara de la importancia de esta joya lingüística. ¿De qué estaba hecho este mestizaje? ¿En qué geografía se desarrolla?

A mediados del siglo XIX —por poner un ejemplo— el inmenso territorio argentino se encontraba escasamente poblado. Sarmiento llega a escribir en Facundo (1845) que el mal que afliga la República Argentina es la extensión, el desierto la rodea por todas partes. La geografía extensa, el mestizaje cultural están presentes en su historia.

¿Qué ocurrió con otras palabras de presumible origen pre-hispánico? Observemos por ejemplo la palabra «papa» del Perú (de ascendencia quechua) que los españoles confundieron con la batata de las Antillas, dulce de sabor, y la denominaron patata, término que adoptaron los ingleses (“potato”), pero no los franceses quienes adoptaron un circunloquio para nombrarla llamándola manzana de la tierra (*pomme de terre*); los argentinos en época más reciente, y los portu-

gueses curiosamente adoptaron una distorsión y diferenciaron la «papa dulce» o «batata doce» de la «papa» o «batata».

Ángel Rosenblat en la primera visión de América nos recuerda, la historia de la palabra *piña*.

“Cada nuevo producto tiene una historia compleja. En un segundo viaje Colón conoció en la isla de Guadalupe una fruta que, por cierta analogía externa con el fruto del pino, llamó piña. El nombre se generalizó y pasó a España (de ahí el inglés pine apple). En América había para designarla más de un centenar de nombres distintos, según la variedad y según la lengua. Uno de ellos era «ananá» y luego ananás. Es el que a través del portugués penetró en el francés, alemán, holandés, danés, sueco, italiano y llegó hasta la India. Del Brasil pasó a la Argentina, pero lo curioso es que en el Paraguay, la región guaranítica por excelencia, la fruta se llamó precisamente piña”.

Otro ejemplo es el aporte negro-africano al léxico hispanoamericano que se encuentra en Colombia que Nicolás del Castillo Mathieu reunido en *Presencia y Destino* y que me permito simplemente citar: *banana* (que en otras latitudes se le denomina plátano o guineo), *biche* (equivalente a inmaduro), *bitute* (término que denota comida), *bongo* (un tipo de embarcación), *bunde* (modalidad de baile), *cachumbo* (rizo, tirabuzón), *catanga* (recipiente, canasto, chécheres, trastos, cachivaches), *chimbo* (falsificación, sin fondos), *fucú* (mala suerte), *mandinga* (diablo), *marimba* (tipo de xilófonos), *cachimba* (olor a tabaco), *cumbia* (tipo de baile), *tunda* (espíritu que asusta a los niños y a los adultos).

Del componente africano apenas hay otros elementos que los léxicos, elementos residuales que se integraron en el conjunto lexical global, con mayor número —me parece— en el portugués de Brasil y de la América Hispana en Colombia y Cuba. Según Houaiss, cinco fueron los grupos lingüísticos africanos que trajeron como esclavos, a saber afro-asiático, nilo-chariano, nilo-sahariano, nigerocongolés y khoisán. El grupo lingüístico más numeroso el nigerocongolés hablaban lenguas más diversificadas: Fulano, Mandinga, Ibo, Ioruba, Fante, Malés, Congolés, Mbundu y cada una de ellas a su vez poseía variedades diferenciadas y ramas lingüísticas.

Acostumbramos a definir América como un *continuum* geográfico, demográfico, histórico, literario y culturalmente similar, pero una visión más reposada nos hará entender esa pluralidad de imágenes y de lenguas, que evoca América. El pasado amerindio con pocos esbozos de alfabetización se fue gradualmente perdiendo en pro del español o el portugués.

El español hoy es lengua oficial en 21 países (22 si contamos al antiguo territorio español en Sahara Occidental) de Europa, África y América: México, Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay, España y Guinea Ecuatorial y el portugués es la lengua oficial en Portugal (que incluye Madeira y Azores) y de Bra-

sil en América y en África, Guinea Bissau, Angola y Mozambique. Y haciendo excepción de giros idiomáticos, propios de cada región o del tono especial que cada comunidad posee —por sustrato o por razones aún no suficientemente claras— acertamos si buscamos el patrón culto de las mismas, que es uniforme y común.

Lo que sí resulta necesario es impulsar la igualdad de las diversas normas cultas nacionales. Debemos orientar en este sentido los estudios y las investigaciones, de modo que se pueda llegar al núcleo, a lo que es común o general y alejarlo de lo que serían regionalismos (americanismos, peninsularismos, colombianismos, etc...) como elementos igualmente válidos del acervo lingüístico, pero sin confundir lo que es local, pasajero o restringido con lo general y común a todos.

No me refiero al debate no resuelto sobre la existencia actual de una lengua brasileña, procedente de la portuguesa, ni sobre la extensión actual de la lengua portuguesa en el mundo, pero sí me gustaría hacer una mención a la tendencia al empobrecimiento de léxico a la que asistimos en nuestros días. ¿A cuántas palabras se reduce el vocabulario medio de una ama de casa, por ejemplo? ¿A tres mil? ¿A dos mil? Acaso menos. Un antídoto eficaz sería la lectura de obras clásicas o autores actuales que tanto abundan hoy en la Península Ibérica o en América Hispana.

Hay un gran número de autores que se expresan en estas lenguas (García Márquez, Cortázar, Jorge Amado, Machado de Assis, Borges, Guimaraes Rosa, Pablo Neruda, Vargas Llosa, Isabel Allende, Miguel Delibes, José Régio, José Saramago, Miguel Torga, Cela, Rosa Chacel, Alejo Carpentier) cuyo caudal léxico nos ayudaría a extender el nuestro.

La televisión cumple la tarea de simplificar las cosas, las reduce a unos centenares de frases conocidas, a una sintaxis que rehuye la complejidad idiosincrásica, a un léxico ya sabido. Con la televisión es probable que la lengua no se fragmente, pero es posible que se simplifique. En el ámbito del español americano las telenovelas venezolanas, por ejemplo, nos ofrecen una muestra de lengua de ningún lugar, una especie de español «lengua franca» donde lo comprensible y lo predicible se funden en la misma acción.

Las fronteras de la particularidad lingüística se han ido resquebrajando, pero esto trae un nuevo peligro, el empobrecimiento en este mundo poliédrico y plural.

Y fue esta pluralidad de sabores, y de buen entendimiento la que **Pedro Peira Soberón** como profesor y amigo nos legó.

Y en él, la concordia, el espíritu científico y el talante conciliador han sido entonaciones integrales y permanentes en nuestra formación.

Bajo su impronta —aunque desgraciadamente ya sin su consejo y orientación— están formuladas estas reflexiones.

Por eso, creo que seguir en nuestra tarea investigadora es el mejor homenaje que podemos hacerle.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTOLI, M. (1906): *Das Dalmatische*, Viena.
- CASTILLO MATHIEU, Nicolás del (1992): «Aporte negro-africano al léxico de Colombia», en *Presencia y destino. El español de América hacia el siglo XXI*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá (pp. 40-49), tomo II.
- DA CUNHA, António Geraldo (1978): *Dicionário histórico das palavras portuguesas de origem tupi*, São Paulo. Hizo su escrito sobre fuentes escritas del siglo XVI exhaustivamente y del siglo XIX al XX (recogiendo términos de Aníbal Machado y de Guimarães Rosa).
- DÍEZ, F. (1836): *Grammatik der romanischen Sprachen*, Bonn.
- GALEANO, Eduardo (1971): en *Las venas abiertas de América Latina* denuncia abiertamente la situación de la dependencia colonial y la injusticia social que se vive en América Latina.
- HOUAISS, António (1979): *América Latina em sua literatura. A pluralidade lingüística*, Ed. Perspectiva, São Paulo, pp. 25-26-27 y 126. La traducción es mía.
- IANNI, Octavio (1983): *O labirinto latino americano*, Ed. Vozes, Petrópolis, pp. 9-10.
- LEVY, Jean de (1941): *Viagem a Terra do Brasil, publicado em 1576*. La edición que conozco es la de Martins, editada en São Paulo.
- MORÍNIGO, Marcos A. (1993): *Diccionario de español de América*. Ed. Anaya & Mario Muchnik, p. XXIV.
- PUPO WALKER (1993): «La vocación literaria del pensamiento histórico en América», Madrid 1982 citado por Carmona Fernández en *Revista de Filología Románica*, n.º 10, Ed. Complutense (p. 21).
- REYES, Alfonso (1960): *Tentativas y orientaciones*. En *Obras Completas*, Méjico, Fondo de Cultura Económica.
- ROSENBLAT, Ángel (1992): La primera visión de América: citado por Mariano Lebrón Savignon en su artículo «Del español en las Antillas» en *Presencia y destino. El español de América hacia el siglo XXI*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, tomo II, p. 130.
- SANZ JUEZ, Ángeles (1993): «Sobre mitos y sueños», *Anuario Brasileño de Estudios Hispánicos*, n.º 3, Consejería de Educación de la Embajada de España en Brasil, São Paulo (pp. 103-114).
- YCAZA, Tigerino (1992): «La evolución de nuestra lengua» en *Presencia y destino. El español de América hacia el siglo XXI*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, tomo II, pp. 154.
- ZEA, Leopoldo (1976): *El pensamiento latinoamericano*, Ed. Ariel, Barcelona.